

COLAPSO

El día que el Muro sucumbió ante la
fuerza de la naturaleza

Juan Carlos Quiñonez

CAPITULO 1

La humedad de la noche en Puerto Arazá era opresiva, pero el trueno que explotó sobre el Hospital Regional no solo fue un sonido: fue una embestida física. Hizo temblar la columna vertebral del edificio y los amplios ventanales de la administración vibraron con un quejido agudo, como si el cristal estuviera a punto de ceder.

Luciana, la mayor, dejó escapar un grito estrangulado y Mateo, pequeño y febril, gimió contra el hombro de su madre. Ambos se enterraron contra el cuerpo de Patricia Ríos como pequeños animales asustados.

Entonces todo el edificio quedó a oscuras. No fue un parpadeo, sino un colapso total: un chasquido agudo en las profundidades de la pared, y el mundo se redujo a una negrura viscosa. En la oscuridad solo quedó el jadeo de los niños y el latido de la lluvia contra los vidrios.

—‘¡Tranquilos, tranquilos, solo se cortó la luz!’ —dijo Pat, pero la voz le salió rota, demasiado alta.

Los apretó contra su pecho. Sentía sus costillas temblando, sus lágrimas calientes empapándole la blusa. El miedo de ellos era contagioso; le trepó por la garganta como bilis.

Pat sintió, con una punzada helada, el peso de la soledad. Hacía dos días que Elías, su esposo, había viajado a la capital, San Roque, para lidiar con los trámites de la universidad, justo antes de que el *temporal* que ahora batía la ciudad se desatara con furia. En aquel momento, la lluvia era solo un inconveniente; ahora, era el enemigo.

Un relámpago estalló afuera, iluminando por un instante el local como un flash fotográfico de terror. El rostro pálido de Lu, los ojos cerrados de Maty, el uniforme de la administrativa inerte detrás de la ventanilla.

Otro ruido, metálico, profundo, recorrió los pasillos desde la parte trasera del edificio.

—‘Es el generador’ —dijo la administrativa, sin emoción—. ‘Tarda unos segundos...’

Las luces de emergencia, de un tono amarillento y tenue, se encendieron con un *clac*, devolviendo un orden mínimo al caos. Afuera, el aguacero que azotaba los ventanales pareció reducir su intensidad a una llovizna firme.

Pat soltó el aire que ni sabía que contenía. Los hombros le dolían de tanto apretar. Los niños recobraron el aliento. Lu parpadeó, Maty dejó de llorar y volvió a toser.

—‘Mamá, las bici se están mojando,’ — dijo angustiada Luciana mientras Pat firmaba los papeles del seguro social.

—‘¿En serio vinieron en bicicleta con este tiempo?’ — comentó la administrativa, mientras estampaba el sello con desgana.

—‘El auto no arrancaba,’ — respondió Pat, con Maty temblando contra su pecho. ‘No iba a esperar toda la noche a ver si se moría de fiebre.’

La mujer abrió la boca... y la cerró. No había nada más que decir.

Pat suspiro profundo al ver que dejaba de llover. “*Lo peor ya pasó*”, pensó. O eso quería creer.

Salieron a la acera y efectivamente el temporal aflojó, solo persistía una llovizna helada. Paty cubrió al niño con el impermeable, Lu se lo puso sola. Subió a Maty al asiento trasero y lo aseguró fuerte. La niña montó la suya. Lentamente iniciaron el camino a casa. Pedalearon en silencio bajo la luz amarilla de los faroles.

A cinco cuadras del hospital el asfalto desapareció. Solo arena, ripio y esas zanjas de dos metros de profundidad que flanqueaban la calle como tumbas abiertas. Después de dos días de lluvia, ya llevaban medio metro de agua turbia y rápida.

La paz se rompió sin aviso. Un trueno estalló encima de sus cabezas. Lu se asustó, la rueda delantera patinó en el barro. La bicicleta se fue de lado.

—‘¡Lu!’ – gritó Pat

La niña cayó hacia la zanja. Pat saltó de la suya sin pensar. El peso de Maty en la espalda la desequilibró. Las tres —madre, hijo, bicicleta— se precipitaron al vacío. Golpearon el fondo con un ruido húmedo y sordo. El agua helada les llegó al pecho de una vez. La bicicleta de Pat cayó encima, atrapándole las piernas. Los niños gritaban bajo la luz de los relámpagos. El agua subía rápido, ya les rozaba el cuello. Pat forcejeó, el metal le cortaba la piel. El lodo le chupaba los pies.

—‘¡Auxilio! ¡Por favor!’

El estruendo de la lluvia y la noche se tragaron su súplica.

—‘¡Mamá, nos vamos a ahogar!’ —chilló Lu, desesperada.

Un relámpago iluminó una rama baja que se balanceaba justo encima. Pat la atrapó con las dos manos. Los dedos le sangraron contra la corteza.

—Todos nos vamos a morir algún día, hija —dijo entre dientes—. Pero hoy no.

Apretó las mandíbulas, sintiendo el dolor del esfuerzo. Se aferró con una mano a la rama y, con la otra, arrastró a sus hijos, uno por uno, a la orilla lodosa. Gateando como pudo, temblando por el esfuerzo, hasta llegar a la superficie de la calle. Cayeron exhaustos sobre el ripio. Pat se quedó boca arriba, jadeando, mirando el cielo negro que no paraba de escupir agua. Los niños lloraban pegados a ella, temblando.

—Elías... —susurró al viento—. ¿Dónde carajo estás?

En esos momentos en el barrio privado Altos del Lago, en la capital San Roque, Sofía Roldán estaba sola, descalza sobre las alfombras persas, con una copa de coñac que apenas había tocado. Su marido volaba rumbo a Lisboa a ver a la hija; quince días de silencio conyugal. Perfecto. ¿Qué podías salir mal?

Mientras hacía zapping con desgana en el enorme plasma ubicado en el centro de la sala, su atención fue capturada por una secuencia de imágenes procedentes del sur de Brasil. La pantalla se llenó de agua marrón y casas hundidas. La reportera hablaba con voz temblorosa: —«...a pesar de los esfuerzos del gobierno federal, no se pudieron evitar decenas de muertes. Los damnificados enfrentan ahora la imposible tarea de reconstruir lo que el río se llevó en horas».

Sofía se enderezó la espalda. Las imágenes del río desbordado, con pueblos enteros sumergidos hasta los techos y personas siendo evacuadas en botes, golpearon la memoria de Sofía.

—«...los daños materiales son cuantiosos. Los residentes de esta localidad ribereña se encuentran ante la titánica tarea de limpiar un estado destrozado».

 decía la reportera en su informe.

Recordó el correo que había archivado esa mañana: alerta roja de lluvias extremas en cabecera de cuenca. Posible apertura de compuertas de la represa binacional. Crecida histórica de los ríos Grande y Paraná. Tomó el móvil y marcó.

—¿Señora vicepresidenta? —respondió Patricio Almada, ministro del Interior, con la voz pastosa de quien ya estaba en pijama.

—Sintonizá el canal brasileño. Ahora.

Silencio. Ruido de control remoto cayendo al suelo. Un jadeo.

—Lo estoy viendo...

—‘Bien. Entonces dime, Patricio: ¿qué carajo significa eso para nosotros?’ —, mientras caminaba lentamente por el pulcro tapete de lana virgen, ignorando las alfombras persas que se extendían por el suelo—. ‘¿Hay algo de lo que me tenga que preocupar?’

Otro silencio, más largo. Intuyó que Patricio no tenía la menor idea de lo que le estaba hablando.

—‘Escúchame con atención’ — continuó Sofía, caminando descalza por la sala, con la copa de coñac colgando en la otra mano—. ‘Mañana el presidente despega rumbo a Europa y, de paso, a mendigar inversiones en Asia. Yo me quedo a cargo. Y no pienso estrenar la banda presidencial firmando decretos de emergencia porque a alguien se le olvidó leer un puto parte meteorológico’.

Hizo una pausa, solo para que se disipe el trueno lejano que retumbó sobre San Roque.

—‘Mañana, a primera hora, quiero tener en mi despacho un informe completo sobre cómo puede afectar este fenómeno climático a San Roque’—. No esperó respuesta. Cortó. Se quedó mirando la pantalla: una mujer lloraba abrazada a un colchón inflable mientras el agua le llegaba al cuello.

Saboreo un trago mientras observa el reflejo de sí misma en el cristal negro de amplio ventanal de la sala.

Horas antes, en una carretera paralela al río que serpenteaba por una localidad ribereña en el sur de Brasil, un joven detuvo su camioneta de forma abrupta. Pisó el freno a fondo. La camioneta derrapó y se detuvo a centímetros del poste caído que bloqueaba la ruta. El cable de alta tensión chispeaba sobre el asfalto como una serpiente herida. El temporal de lluvia y viento azotaba sin piedad la zona.

—‘Maldición...’ — dijo. Puso marcha atrás, giró el volante y metió la pick-up por un camino de tierra alternativo. El barro salpicaba el parabrisas; los limpiaparabrisas apenas alcanzaban a abrir una rendija en la cortina de agua. Visibilidad cero. Un relámpago blanquísimo iluminó todo por una fracción de segundo. Y lo vio. Agua. Agua por todos lados. El campo entero era un lago negro que avanzaba rápido, demasiado rápido. El río ya no estaba a la derecha: estaba encima, debajo, en todas partes. Dio vuelta en seco. El motor rugió, las ruedas patinaron, el lodo lo succionó. Otro relámpago. La pared de agua venía de frente, alta como un edificio, rugiendo más fuerte que el motor. Intentó acelerar. El motor tosió. Se apagó.

—‘No, no, no’ — El último sonido que escuchó fue su propio grito ahogado cuando la corriente golpeó la camioneta de costado. El vidrio estalló hacia adentro. El agua helada le llenó la boca, la nariz, los pulmones. La pick-up dio una vuelta completa, como un juguete en una licuadora. Después, silencio. Solo el río, furioso y hambriento, arrastrando la camioneta hacia el fondo como si nunca hubiera existido. Y siguió avanzando hacia el sur.

Julian Mensah estaba sentado en el estribo del helicóptero de la Cruz Roja, con el teléfono pegado a la oreja y el viento caliente golpeándole la cara.

Buzon de voz:

—«El número marcado no está disponible en este momento...»

Colgó. Volvió a marcar. Mismo mensaje. Mismo vacío. Se puso de pie de un salto; casi dos metros de puro músculo tenso. El sudor le corría por la nuca. Buscó otro contacto. *‘Capitana Rebecca «Beck» Hayes – USSOUTHCOM’*. Marcó.

—‘¿Jefe?’ —respondió ella al primer tono, con esa mezcla de burla y cariño que solo se permiten los que han estado juntos bajo fuego. ‘¿En qué rincón del planeta estás salvando almas hoy?’

—‘Acabo de llegar de una misión humanitaria en Jamaica. Te estoy llamando desde Isla Grande en Puerto Rico’ — dijo Julián sin aliento—. ‘Escúchame, Beck. Necesito un favor. Urgente’.

—‘Siempre es urgente contigo. Dispara.’

—‘Hace tres meses mandé a mi hermano Lewis con su esposa y los niños a una misión de campo en el sur de Brasil. Zona de cuencas. Pensé que el aire puro le haría bien...’ —la voz se le quebró un segundo—. ‘Desde ayer no contesta ni el móvil ni el fijo. Nada. Silencio total.’

Silencio al otro lado. Rebecca ya no bromeaba.

—‘Envíame la última ubicación conocida y los datos del vehículo —dijo, toda profesional—.’ Acabo de aterrizar en Miami. En cuanto cruce la puerta pongo a dos equipos encima. Te aviso en cuanto sepamos algo.

—Gracias, Beck.

—No me agradezcas todavía—. Colgó.

Julián se quedó mirando la pantalla negra del teléfono. El ruido de los rotores del helicóptero se mezclaba con el latido de su propio corazón. Algo muy dentro de él ya sabía que algo no anda bien.

Y el cielo, allá al sur, seguía descargando agua como si quisiera borrar el mundo.